

Maquiavelo y Hobbes: continuidades y rupturas en el pensamiento político

Mauricio Schuttenberg*

Introducción

El objetivo del presente trabajo es abordar el pensamiento político de Nicolás Maquiavelo y Thomas Hobbes. Se seleccionaron estos dos autores porque marcan en forma indeleble el pensamiento en la etapa de transición del feudalismo a la modernidad. Ambos captan el gran cambio que está surgiendo en la sociedad con el advenimiento del comercio y el desarrollo de la burguesía.

El motivo de la elección a la hora de hacer este ensayo fue la gran polémica que ambos han despertado. También me parece sumamente importante retomar a estos pensadores, que sin lugar a dudas, tienen una gran actualidad y pueden echar algo de luz en estos tiempos.

Tanto a Maquiavelo como a Hobbes se les ha “acusado” de profesar una filosofía cínica, idea con la cual no estoy de acuerdo. En este sentido, rescato la idea de Eduardo Gruner¹, quien afirma que “son escritores sombríos de la burguesía, son productos de la cultura burguesa que la burguesía se apresuró a renegar. Toda clase dominante, una vez consolidado su poder, necesita rápidamente borrar sus orígenes bastardos, ocultar la huella de la violencia original de su nacimiento, esconder la realidad desagradable y sangrienta de su conquista detrás de la máscara alegre, pacífica y bonachona de las ideas abstractas de ley, justicia, constitución o contrato. La burguesía ya a partir del siglo XVIII pero mucho más luego de la afirmación de su poder con la revolución industrial preferirá despachar a los incómodos Maquiavelo y Hobbes y retener al moderado y ponderado Locke (y a Montesquieu), que le proporciona un justificativo mucho más tranquilizador, más idealizado y elegante para su República de Propietarios: es decir, para su dominación de clase. Maquiavelo y Hobbes tienen el inconveniente de que, justamente por estar situados en la etapa de transición que da origen al poder burgués, dicen claramente lo que los posteriores ideólogos de la burguesía consolidada tienen que callar prolijamente: que la política es ante todo, nos guste o no, dominación”.

* Lic. y Prof. en Comunicación Social (UNLP). Maestrando en Ciencia Política (UNLP). Becario de CONICET y doctorando en Ciencias Sociales (FLACSO).

¹ Gruner, E.; “La astucia del León y la fuerza del zorro”, en La Filosofía Política Clásica; Atilio Borón (comp.) EUDEBA, 2000.

Contexto histórico y análisis argumental de las obras

El poder ha seducido a los hombres desde los tiempos más remotos. Su concepción y su práctica ha sido heterogénea a través de la historia de la civilización. Nicolás Maquiavelo -Niccolo Macchiavelli- nació en Florencia el 3 de mayo de 1469 y murió en la misma ciudad en 1527. Thomas Hobbes nació en Inglaterra en 1588 y murió en el 1679. Ambos fueron, sin dudas, exponentes de esta problemática.

El primero fue escritor, jurista, diplomático y político. Su prestigio comenzó pronto, y a los veinticinco años se le nombró secretario del gobierno Dei Dieci. Desempeñó luego diversas embajadas en algunos estados de Italia y en Alemania, misiones que hubo de comentar en sus escritos.

Si en la antigüedad Constantinopla logró convertirse en una de las ciudades más importantes por su actividad cultural y comercial, Florencia logró un lugar excepcional por ese mismo aspecto durante los siglos XV y XVI. Esta ciudad se encontró envuelta en la difusión de las nuevas ideas de la revolución renacentista. Se puede afirmar que esa urbe se constituyó en el epicentro del nuevo sistema político y cultural. Maquiavelo estuvo ligado desde muy joven a la administración política de esa ciudad y participó como arquitecto de la política exterior de la república. Su amplia experiencia en las cortes europeas como representante de la cancillería florentina, su contacto con príncipes y su observación de las decisiones gubernamentales, le ofrecieron una visión excepcional sobre el carácter de los hombres de Estado y los alcances de sus actos políticos. La obra de este escritor se caracteriza por un empirismo de sentido común o de astuta previsión práctica y no un empirismo inductivo dominado por el deseo de comprobar teorías o principios generales. Esta afirmación se puede percibir a través de los distintos capítulos de *El Príncipe* en donde, luego de su exposición, el autor, refuerza sus ideas con ejemplos históricos.

El Príncipe, es un esfuerzo de comprensión histórica por parte de Maquiavelo sobre las realidades políticas de la Italia del siglo XV. Su tiempo histórico es real y corresponde al proceso de tránsito de la Europa medieval a los tiempos modernos, sobre cuyas bases surgió posteriormente el modelo capitalista de organización de la economía. La libertad mental conquistada por el hombre del Renacimiento y que lo apartaba de dogmas para enfrentar de manera más creadora la realidad material, representa el nuevo espíritu con el que la burguesía ascendente organizó las relaciones sociales en la Europa de los siglos XIV, XV, XVI.

Bajo el impulso de ese nuevo espíritu, Maquiavelo logró intuir que los valores y la moral tradicional cimentados por la iglesia católica no se ajustaban al mundo cambiante e inestable que surgía en Europa renacentista. La edad media había creado en Europa un sinnúmero de principados feudales fraccionados y dispersos. Todos ellos operaban como factores adversos a la necesidad de centralización del poder requerido por las nuevas clases sociales en su camino de expansión comercial.

Para Sabin², a fines del siglo XV los cambios económicos que se habían estado produciendo durante muchos años dieron por resultado una remodelación revolucionaria de las instituciones medievales. Esta era una organización política y económica de carácter local, un territorio grande no era gobernable sino por una especie de federalismo que dejaba a las unidades locales un gran grado de independencia. Pero hubo un cambio económico y la ventaja económica pasó de las rutas fijas y los mercados monopolizados a la libertad. Los mayores beneficios iban a parar al mercado aventurero que estuviera dispuesto a aprovechar las ventajas de cualquier mercado. Este era el comerciante que

² Sabin, G; *Historia de la teoría política*; Fondo de Cultura Económica, 1994.

dominaba los mercados y éste pudo conseguir cada vez más el control de la producción y estaba fuera de la potestad de los gremios y ciudades.

Esos cambios económicos tuvieron consecuencias políticas y sociales profundas. Por primera vez desde la caída del imperio romano, Europa tenía una clase de hombres que poseían dinero y espíritu de empresa. Esa clase era enemiga de la nobleza. Esta nueva clase no podía aspirar a dominar el parlamento frente a la influencia de la nobleza; por ello estaba dispuesta a subordinar las instituciones representativas a la monarquía.

El autor afirma que ningún hombre de la época vio como Maquiavelo la evolución política de Europa. Nadie comprendió mejor que él el arcaísmo de las instituciones que estaban siendo desplazadas y nadie aceptó con tanta facilidad el papel que la fuerza estaba jugando en el proceso.

En Italia las fuerzas de un nuevo sistema comercial e industrial habían sido especialmente destructoras de las instituciones antiguas. Las ciudades libres del Norte se habían convertido en anacronismos políticos y económicos incapaces de hacer frente a una situación que exigía un poder concentrado, un ejército ciudadano y una política exterior más amplia y vigorosa. Los escritos de Maquiavelo giran en torno a estas problemáticas. Se centran en la mecánica del gobierno, en los medios con los que puede fortalecer al Estado, en las políticas susceptibles de aumentar su poder y en los errores que llevan a la decadencia o ruina. Las medidas políticas y militares son casi el único objeto de su interés, y las separa casi por completo de toda consideración religiosa, moral y social.

Hobbes, en tanto, escribió su libro en 1649-1650, inmediatamente después de la guerra civil inglesa, que había terminado en 1649 no sólo con la ejecución del rey sino con la abolición de la propia institución de la monarquía (luego restaurada). Para cualquier súbdito de la corona inglesa en esos años, tal vez la pregunta más importante era si el nuevo gobierno podía ser legítimamente obedecido. ¿Tenía derecho a mandar? ¿O debía el pueblo inglés adoptar la perspectiva de que, muerto el rey Carlos, el único detentor legítimo de la soberanía debía ser su hijo, su sucesor por derecho divino y legal? La teoría hobbesiana de la obligación política da una respuesta a estas preguntas. Escribió el *Leviatán* para ofrecer esta respuesta. Intenta enseñar a sus lectores cómo es la naturaleza de nuestra obligación, como ciudadanos, de obedecer al Estado. Para el historiador inglés Quentin Skinner³, Hobbes presenta un argumento simple y desafiante: sostiene que las bases y los límites de la obediencia política residen en la capacidad del Estado para protegernos. Si efectivamente somos protegidos, entonces estamos obligados a obedecer; si el Estado falla en su obligación de protección, entonces dejamos de tener el deber de obedecer. Notemos que aunque fue un realista en su propio tiempo, Hobbes era un enemigo declarado del legitimismo: para él, no puede haber algo así como un "derecho a mandar". El "test" del gobierno, para él, es siempre pragmático: se trata en cada caso de saber si el gobierno es o no es capaz de protegernos del daño que, de otra manera, nos haríamos unos a otros. Su tesis es que la pregunta sobre si estamos o no estamos políticamente obligados no puede ser una pregunta por el derecho, y mucho menos por el derecho divino: la única pregunta que debemos formularnos es si el gobierno en el poder tiene la capacidad para protegernos. Cuando Hobbes estaba escribiendo el *Leviatán*, los realistas no tenían ese poder, mientras que el nuevo gobierno, bajo Oliver Cromwell, estaba gobernando efectivamente y estaba trayendo la vuelta a la paz. Para Hobbes parecía obvio que en estas circunstancias debía obedecerse a Cromwell, no a la monarquía de los Estuardo.

³ Entrevista realizada por Eduardo Rinesi y Eunice Ostrensky a Quentin Skinner, tomado del diario Clarín.

Para Sabin, en Inglaterra la evolución hacia un gobierno centralizado dominado por un solo poder soberano se debía a causas sociales y económicas no confinadas de modo exclusivo a Inglaterra y lo mismo ocurría con el hecho de que ese poder soberano debía expresarse de modo principal en la creación y aplicación del derecho. La guerra civil, al igual que en Francia, obligó al pensamiento político a tratar de mantenerse al compás de los hechos.

Más de un siglo antes del comienzo de las guerras civiles inglesas, Maquiavelo había expuesto con brutal claridad el hecho de que la política europea se basaba principalmente en la fuerza y el egoísmo, nacional o individual. Bodino había subrayado la necesidad de que se considerase como atributo primordial de un estado la existencia de un poder soberano que pudiera legislar. Estas corrientes de pensamiento se entrecruzan en la filosofía de Thomas Hobbes.

Los escritos políticos de Hobbes fueron motivados por las guerras civiles y con la intención de ejercer influencia del lado del rey. Estaban destinados a apoyar el gobierno absoluto y a juicio de Hobbes esto significaba la monarquía absoluta, creía que esta monarquía era la forma más estable y ordenada de gobierno.

A comienzos del siglo XVII, como el propio Hobbes subraya, los ingleses heredaron de sus clásicos, y en especial de la filosofía moral y política de la antigua Roma, un particular modo de pensar el problema de la libertad. La libertad era considerada lo opuesto de la esclavitud, mientras que el esclavo era definido como alguien dependiente de la voluntad de otro. Se consideraba que cualquiera que viviera en la dependencia del poder de otro vivía como un esclavo. Este argumento fue esgrimido por los opositores a la corona británica como una objeción al uso de la prerrogativa real, presentada como el ejercicio de una autoridad discrecional que tenía el efecto de esclavizar el pueblo. Hobbes vio con razón que este argumento era letal para cualquier intento de defender un poder soberano absoluto, que es inherentemente discrecional, puesto que el deseo del soberano es, en efecto, la ley. Una de las aspiraciones de Hobbes en el *Leviatán* era pues desacreditar y dejar de lado la perspectiva clásica de lo que significa hablar sobre la libertad de los súbditos. Hobbes produce una explicación diferente de la libertad según la cual perdemos la libertad si y sólo si una acción dentro de nuestros poderes ha sido evitada.

En su obra, *El Leviatán*⁴, Hobbes afirma que “libertad o independencia, significa la falta de oposición, quiero decir impedimentos externos al movimiento y puede aplicarse a criaturas irracionales e inanimadas no menos que a las racionales. Un hombre libre es quien en las cosas que por su fuerza e ingenio puede hacer no se ve estorbado en realizar su voluntad. El miedo y la libertad son compatibles. Así un hombre puede pagar sus deudas por miedo a la cárcel, pero puesto que nadie le impidió abstenerse, actuó en libertad. Pero tal como los hombres, para obtener la paz y la propia conservación, ha hecho un hombre artificial que nosotros llamamos república, así también han creado cadenas artificiales llamadas leyes civiles.

Yendo ahora a los detalles de la verdadera libertad de un súbdito, esto es, a cuáles son las cosas que aunque ordenadas por el soberano puede negarse hacer sin injusticia, hemos de considerar qué derechos enajenamos al hacer una república. Los hombres tienen libertad de hacer lo que puedan sugerirles sus propias razones, a fin de extraer para sí lo más beneficioso. Si tomamos la libertad como libertad de cadenas, corporal, sería absurdo clamar por ella pues está claro que ya existe”.

Para Sabin, Hobbes concibió un proyecto de sistema de filosofía dividido en tres partes. La primera se ocuparía de los cuerpos, la segunda de la fisiología y psicología de

⁴ Hobbes, T; *Leviatán*; Editora Nacional, Madrid.

los individuos y la tercera concluiría con el cuerpo “artificial” denominado sociedad o Estado.

Así pues, la filosofía de Hobbes era un plan encaminado a asimilar la psicología y la política a las ciencias exactas ya que toda la ciencia del siglo XVII se encontraba bajo el hechizo de la geometría. Hobbes se basa en su método, es decir, no dar nada por supuesto e ir de lo más simple a lo más complejo.

Visión del hombre

Según Sabin, Maquiavelo es el teórico político del hombre sin amo, en una sociedad en la que el individuo se encuentra solo, sin más motivos que los proporcionados por su propio egoísmo. Detrás de la política práctica de Maquiavelo estaba el supuesto de que la naturaleza humana es esencialmente egoísta y de que los motivos reales en los que tiene que apoyarse un estadista, tales como el deseo de las masas y el deseo de poder de los gobernantes, son de ese carácter. El gobierno se funda en realidad en la debilidad e insuficiencia del individuo, que es incapaz de protegerse contra la agresión de otros individuos a menos que tenga el apoyo del Estado. Además, la naturaleza humana es profundamente agresiva y ambiciosa. Los hombres se encuentran siempre en lucha y competencia que amenaza con degenerar en anarquía a menos que se limite la fuerza que hay tras el derecho, en tanto que el poder del gobernante se basa en la misma inminencia de la anarquía en el hecho de que sólo hay seguridad cuando un gobierno es fuerte. Hace observar que los hombres son por lo general malos y que el gobernante prudente debe basar su política en ese supuesto, el gobierno que quiera tener éxito deberá asegurar la seguridad de la propiedad y la vida que son los deseos universales de la naturaleza humana. El gobernante prudente puede matar pero no debe saquear. Este aspecto del pensamiento de Maquiavelo, completado por una psicología sistemática que lo explica y justifica, se convierte en la filosofía política de Hobbes.

Para Victoria Acosta⁵ la concepción de la naturaleza humana anteriormente descrita, es uno de los aspectos de la obra hobbesiana que ha generado mayor rechazo al momento de su publicación. La autora afirma que esta teoría antes de basarse en una concepción egoísta, niega en realidad que los seres humanos posean benevolencia natural indiferenciada, es decir que se sientan naturalmente inclinados a ayudar a las personas.

En un fragmento de *El Príncipe*⁶, se puede observar la visión que Maquiavelo tiene de la naturaleza humana: “se puede decir de los hombres lo siguiente: son ingratos, volubles, simulan lo que no son y disimulan lo que son, huyen del peligro, están ávidos de ganancia; y mientras les haces favores son todos tuyos, te ofrecen la sangre, los bienes, la vida y los hijos cuando la necesidad está lejos; pero cuando ésta se te viene encima vuelven la cara”.

Maquiavelo cree que, puesto que vivimos en un mundo oscuro donde no podemos confiar en que nadie cumpla sus promesas, no hay motivo para mantener la palabra dada a otro si se piensa que puede resultar provechoso quebrarla. Más en general, Maquiavelo cree que, aunque los dirigentes deben tratar, en lo posible, de practicar las virtudes convencionales de honestidad, tolerancia y justicia, deben estar preparados para ignorar estas virtudes y actuar por medio del fraude y la violencia si consideran que eso les permitirá mantener el poder.

En el capítulo XVIII del *Príncipe*, destaca: “ciertamente que es muy laudable en un príncipe la exactitud y fidelidad en el cumplimiento de sus promesas, y que no eche

⁵ Acosta M., *Aspectos del contractualismo moderno: Thomas Hobbes*; Editorial de UNLP, 1997.

⁶ Maquiavelo, N; *El Príncipe*; EDAF, 2000.

mano de sutilezas y artificios para eludirle; pero la experiencia de estos tiempos nos demuestra que entre los que más se han distinguido por sus hazañas y prósperos sucesos, hay muy pocos que hayan hecho caso de la buena fe, o que escrupulizaran de engañar a otros cuando les tenía cuenta y podían hacerlo impunemente”.

Según Quentin Skinner Hobbes, al igual que Maquiavelo, tenía una pobre idea de la naturaleza humana. Este autor justifica su afirmación basándose en el capítulo del Leviatán donde desarrolla el tema de la condición natural del hombre, habla de la propensión a la desconfianza y a la competencia recíproca, y de la resultante tendencia de las relaciones intersubjetivas a degenerar en la guerra. Los individuos desisten de los placeres inciertos de la simple libertad, a la seguridad de la vida comunitaria. Pero esta dirigido a la noción de un estado de Naturaleza; donde los hombres viven en un estado bestial de continúa pelea (por tener posesiones, proteger lo propio, ganar fama y reputación), lo cual implica que el estado Natural sea un Estado de guerra; donde no hay ningún poder común que los atemorice para mantener el orden. Esta continua lucha está basada en la igualdad tanto física como mental que plantea, y precisamente, de esa igualdad procede la inseguridad que conlleva a la guerra.

Para Hobbes, según la interpretación de Sabin, la conducta humana busca su propia ventaja, es por eso que su preocupación es formular las condiciones en las que es posible una sociedad. El hombre tiene dos tipos primitivos de sentimientos que son el deseo y la aversión, el primero está encaminado a lograr lo que es favorable a los procesos vitales y el segundo a evitar el efecto opuesto. El elemento nuevo de la psicología de Hobbes no es el supuesto bastante cínico de egoísmo humano que implica, ya que en este no difiere de Maquiavelo, sino más bien un teoría psicológica mediante la cual trató de hacer del egoísmo una explicación científicamente fundada de la conducta. De tal manera, todo ser humano está movido únicamente por consideraciones que afectan su propia seguridad o poder y los demás seres humanos le importan sólo en la medida en que afectan a esas consideraciones. Como, en términos generales, todos los individuos son iguales en vigor y astucia, ninguno puede estar seguro mientras no exista un poder civil que regule su conducta y evite la “guerra de todos contra todos”, y tal situación es incompatible con cualquier forma de civilización. Pero su principal preocupación es encontrar los medios para impedirnos actuar violentamente contra los otros. Por eso, cree que debemos resignar todos nuestros derechos al autogobierno y entregar nuestros poderes para que sean ejercidos en nuestro nombre.

En el capítulo XIII del Leviatán remarca que “la naturaleza ha hecho a los hombres tan iguales en sus facultades corporales y mentales que, aunque pueda encontrarse a veces un hombre manifiestamente más fuerte de cuerpo, o más rápido de mente, la diferencia entre hombre y hombre no es lo bastante considerable como para que uno de los dos pueda reclamar para sí beneficio alguno que no pueda el otro pretender tanto como él, porque en lo que toca a fuerza corporal, aún el más débil tiene fuerza suficiente para matar al más fuerte. En cuanto a las facultades mentales encuentro mayor igualdad aún entre los hombres. Lo que quizás haga de una tal igualdad algo increíble no es más que una vanidosa fe en la propia sabiduría que casi todo hombre cree poseer en mayor grado que el vulgo. De esta igualdad de capacidades surge la igualdad en la esperanza de alcanzar nuestros fines. Y, por lo tanto, si dos hombres cualesquiera que sean desean la misma cosa, que, sin embargo, no pueden ambos gozar devienen enemigos; y en su camino hacia su fin (que es su propia conservación, y a veces sólo su delectación) se esfuerzan mutuamente en destruirse o subyugarse. No hay para el hombre más forma razonable de guardarse contra esta inseguridad mutua que la anticipación; esto es, dominar por fuerza o por astucia, a tantos hombres como pueda hasta el punto de no ver otro poder lo bastante grande como para ponerle en peligro.”

De la anterior cita se desprende una visión de que los individuos vivirían naturalmente como seres libres e iguales, en una condición pre-social. Uno de los objetivos teóricos de esta obra es vincular la legitimidad de la dominación con el proceso de tránsito desde la libertad natural a la libertad civil. En justificar un régimen de soberanía que consolidase la preservación de un orden social. De acuerdo a este modelo contractualista, los individuos, abandonarían el estado de naturaleza para crear con sus propias acciones un nuevo status político, el Leviatán estatal, que garantizase la paz social mediante el monopolio de la capacidad del uso de la violencia.

Tanto en Maquiavelo como en Hobbes están presentes el ejercicio de la coerción y de la fuerza, como componentes de la institución estatal; en la medida en que surgió como instrumento de dominio al mismo tiempo que de liberación con respecto a injusticias pre-existentes. Sin embargo, estos politólogos no postularon la necesidad de la fuerza y la coerción; también percibieron que no era suficiente. Esto se testimonia, tanto en la “admiración nostálgica de las virtudes populares y republicanas de los antiguos romanos, en Maquiavelo, y en su fervor por constituir una Italia unida; como en los atormentados esfuerzos de Hobbes por fundamentar racionalmente el ejercicio del poder”.⁷

De la misión del soberano y la política

Sabin afirma que para Maquiavelo la finalidad de la política es conservar y aumentar el poder político, y el patrón para juzgarla es su éxito en la consecución del objetivo. Que una política sea cruel o desleal o injusta es para Maquiavelo cosa indiferente, aunque se da perfecta cuenta de que tales cualidades pueden influir en su éxito. Trata con frecuencia de las ventajas que la inmoralidad hábilmente utilizada puede proporcionar a los fines de un gobernante. Pero la mayor parte de su obra no es tanto inmoral sino amoral, se limita a abstraer la política de toda otra consideración y escribe acerca de ella como si fuera un fin en sí.

En cuanto a la inmoralidad que algunos autores le recriminan a los escritos del canciller florentino, Wolin⁸, rechaza estas posiciones y destaca que en realidad el argumento de Maquiavelo fue el de un moralista, “cuya exposición comenzaba observando que la grandeza, en una época corrupta, no podía ser obtenida sino por medios inmorales (...) Mientras los tiempos siguieran siendo corruptos, los medios legales eran insuficientes por sí solos; en consecuencia el hombre político, aunque actuara impulsado por las mejores intenciones, debía ser parcialmente animal para lograr sobrevivir”.

Maquiavelo le da una gran importancia al legislador puesto que la virtud moral y cívica surge de la ley y, cuando una sociedad se ha corrompido, no se puede nunca reformar por sí misma sino que tiene que tomarla en sus manos un legislador que pueda restaurarla, y éste no tiene límites siempre que comprenda las reglas de su arte, es el arquitecto del Estado y de la sociedad. Un gobernante que quisiera triunfar tenía que crear un poder militar suficientemente fuerte para superar a las desordenadas ciudades y producir un nuevo espíritu público. El gobernante es el árbitro del destino de una nación, y la lógica de su filosofía política pesaba mucho en esa dirección, ya que los individuos humanos son por naturaleza egoístas, el Estado y la fuerza que hay tras el derecho tienen que ser el único poder que mantenga unida a la sociedad; las obligaciones morales tienen que derivar en último término de la ley y del gobierno. A este respecto también fue

⁷ Garmendia de Camusso, G. y Schnaith, N., *Thomas Hobbes y los orígenes del Estado burgués*; Siglo XXI, 1973.

⁸ Wolin, S. *Política y Perspectiva*; Amorrortu, 1973.

Hobbes el que dio una exposición sistemática de lo que Maquiavelo sugirió. El gobernante como creador del Estado no sólo está fuera de la ley, sino que si la ley impone una moral, está también fuera de la moralidad.

En este sentido, Maquiavelo sostiene: “de ciertas cualidades que el príncipe pudiera tener, incluso me atreveré a decir que si las tiene y se las observa siempre son perjudiciales, pero si aparenta tenerlas son útiles; por ejemplo: parecer clemente, leal, humano, íntegro, devoto y serlo, pero tener el ánimo predispuesto de tal manera que si es necesario no serlo, pueda y sepa adoptar la cualidad contraria”.

Para Maquiavelo el Príncipe debe extraer las premisas necesarias para desenvolverse en un mundo cambiante. El éxito de un soberano radica en tomarle el pulso a las situaciones, valorarlas y armonizar su conducta con la dinámica inherente a ellas. Son las necesidades las que impondrán una respuesta. Y con ello muestra que los hombres se miden con el mundo y actúan sobre él. En este marco, lo importante es que tenga las condiciones naturales como para asegurar la conquista y posesión del poder. Premisas infalibles que había olvidado la Edad Media. Recordemos el contexto histórico en que se desarrolla la obra, pues en el renacimiento se había dado inicio a la secularización del mundo y las cuestiones religiosas quedaban restringidas al ámbito de la conciencia individual. La ciencia renacentista había despojado al hombre de su armadura teológica y le había devuelto la voluntad de organizar su existencia sin temores o esperanzas de compensación espiritual; en una vida ultraterrena. En este sentido, el Estado también empezaba a concebirse como un poder secular no ofrecido a los individuos por derecho divino sino por intereses económicos, de clases o ambiciones personales.

El interés de Maquiavelo se centra, en la política como "arte de conquistar el poder". La política es por tanto el arte de el príncipe o gobernante en cuanto tal. Los recursos de los que dispone un príncipe para mantener u obtener su poder se basan en las buenas leyes y las buenas tropas. En el escrito aquí analizado se puede observar la gran importancia que este autor le otorga a las fuerzas militares como queda plasmado en la siguiente cita: "hay dos modos de defenderse: por la ley que es propia de los hombres y por la fuerza que es de las bestias. Cuando las leyes no alcanzan hay que usar la fuerza; debe tener la fuerza del león y la astucia de la zorra . O sea que el príncipe no debe atarse a sus promesas si éstas le traen perjuicios. Hay que representar el papel disimulando y fingiendo porque los hombres son débiles y cuando uno se propone engañar siempre encuentra a los tontos que le crean. Debe el príncipe tratar que lo tengan por piadoso, clemente, fiel a sus tratos y amante de la justicia pero al mismo tiempo actuar de modo contrario cuando le convenga.". Dice Maquiavelo que el príncipe que quiere conservar el poder “debe comprender bien que no le es posible observar, en todo, lo que hace mirar como virtuosos a los hombres, su puesto que a menudo para conservar el orden de un Estado, está en la precisión de obrar contra su fe, contra las virtudes de la humanidad y caridad y aún contra su religión”. Para Maquiavelo la razón suprema no es sino la razón de Estado. El Estado, que identifica con el príncipe o gobernante, constituye un fin último, un fin en sí, no solo independiente sino también opuesto al orden moral y a los valores éticos, y situado de hecho, por encima de ellos, como instancia absoluta.

Para Hobbes, la seguridad depende de la existencia de un gobierno que tenga la fuerza necesaria para mantener la paz y aplicar las sanciones necesarias para domeñar las inclinaciones antisociales innatas del hombre. El motivo efectivo de que los hombres lleguen a formar una sociedad es el temor al castigo y la autoridad del derecho llega sólo hasta el punto que puede alcanzar su imposición forzosa. Hobbes entendía que la razón da una base suficiente para el acuerdo mutuo, pero es demasiado débil para superar la

avaricia de los hombres en masa. En sustancia, su teoría equivalía a identificar el gobierno con la fuerza. Para justificar esta fuerza conservó el antiguo artificio del contrato, lo describía como un pacto entre individuos por virtud del cual todos resignan a tomarse la justicia por su mano y se someten a un soberano.

A menos que haya un gobierno tangible –unos individuos con fuerza suficiente para imponer su voluntad- no hay estado ni sociedad, sino una multitud literalmente acéfala.

Hobbes señala que “la causa final, meta o designio de los hombres (que aman naturalmente la libertad y el dominio sobre otros) al introducir entre ellos esa restricción de la vida en repúblicas es cuidar de su propia preservación y conseguir una vida más dichosa; esto es arrancarse de esa miserable situación de guerra que se vincula necesariamente a las pasiones naturales de los hombres cuando no hay poder visible que los mantenga en el temor, o por miedo al castigo atarlos a la realización de sus pactos y a la observancia de aquellas leyes de la naturaleza. Sin la espada los pactos no son sino palabras y carecen de fuerza para asegurar en absoluto a un hombre”.

Un elemento importante es que para Hobbes no hay opción entre el poder absoluto y la anarquía completa. En efecto, un cuerpo social no tiene existencia sino a través de sus autoridades constituidas y sus miembros no tienen derechos salvo por delegación, en consecuencia, toda autoridad social tiene que concentrarse en el soberano. El derecho y la moral son meramente su voluntad, todos los poderes necesarios al gobierno, tales como la legislación, la administración de justicia y el ejercicio de la fuerza son funciones del soberano. Para este autor la monarquía es la mejor forma de gobierno ya que en ella se confunden los intereses particulares y los comunes a la población.

“La diferencia entre estas tres clases de república no consiste en la diferencia de poder, sino en la diferencia de conveniencia de aptitud para producir la paz y seguridad del pueblo. Y comparando la monarquía con las demás podemos observar, primero, quien asume la representación del pueblo, asume también su propia representación personal. Y aunque la persona política se cuide de perseguir el bien común, es cuidadoso de su bien privado y en la mayoría de los casos prefiere el bien privado antes que el público, porque las pasiones de los hombres son por lo general más potentes que la razón. Ahora bien en la monarquía el interés privado es igual al público. Las riquezas, poder y honor de un monarca brotan de las de sus súbditos, mientras que en una democracia o aristocracia la prosperidad pública no acrecienta tanto la fortuna privada como a veces lo hace un consejo pérfido o una guerra civil”.

Para Hobbes “la misión del soberano consiste en el fin para el cual fue investido con el soberano poder, que no es otro que el de procurar la seguridad del pueblo, pero por seguridad no se entiende sólo la conservación de la vida, sino también de todas las excelencias que el hombre puede adquirir para si mismo por medio de una actividad legal. La misión del soberano consiste en mantener enteramente los derechos esenciales para evitar la destrucción del Estado. Va contra su deber, primero, transferir a otro o renunciar a su poder. En segundo lugar, va contra su deber dejar al pueblo en la ignorancia o mal informado ya que así los hombres resultan fáciles de seducir y son inducidos a resistir al soberano”.

Este autor advertía con respecto a la conducta de los súbditos que “debe enseñárseles que no han de sentir admiración hacia las virtudes de ninguno de sus conciudadanos, hasta el punto de otorgarle la obediencia o el honor sólo al soberano. Se les advertirá cuan grande es la falta de hablar mal del soberano o discutir su poder, con lo cual puede caer el soberano en el desprecio de su pueblo”.

Maquiavelo también mostraba su preocupación por la imagen del soberano y expresaba que “el príncipe debe hacerse temer de manera que si le es imposible ganarse el amor del

pueblo consiga evitar el odio, porque puede combinarse perfectamente el ser temido y el no ser odiado”. También aconsejaba que “el príncipe debe evitar todo aquello que lo pueda hacer odioso o despreciado”.

Según Sabin, la diferencia entre Maquiavelo y Hobbes es que el primero no convirtió nunca su creencia en el legislador omnipotente en una teoría general del absolutismo político como lo hizo posteriormente Hobbes. Empalmó su admiración al déspota y hacia el pueblo libre que se gobierna a sí mismo como teorías de fundación de un Estado y su conservación. La conservación de éste, a diferencia de su fundación, depende de sus leyes ya que estas son la fuente de todas las virtudes cívicas de sus ciudadanos.

Maquiavelo percibía la ventaja que había conseguido Francia con la nacionalización de su ejército y, en consecuencia, insistía en que la preparación y equipo de un ejército de ciudadanos es la primera necesidad de un Estado ya que con tal fuerza el gobernante puede mantener su poder y extender los límites del Estado. Sin esa fuerza es presa de la lucha intestina y de la ambición de los príncipes vecinos.

Fue el creador del significado que se ha atribuido al Estado en el pensamiento político moderno. El Estado como fuerza política organizada, suprema en su propio territorio y que persigue una política conciente de engrandecimiento en sus relaciones con otros Estados. Sobre el Estado recayeron el derecho y la obligación de regular y controlar a todas las demás instituciones sociales. Concebía los factores morales, religiosos y económicos de la sociedad como fuerzas que un político inteligente puede utilizar en provecho del Estado o incluso crear en interés del Estado.

Hobbes, siguiendo las huellas de Maquiavelo, definió al Estado como un Leviatán, siendo éste una serpiente omnipotente por su crueldad pero imprescindible para defender al hombre del hombre y para mantener el orden social.

Como crítica a este autor, Skinner afirma que “lo alarmante de su pensamiento no es tanto que, como Maquiavelo, utilice su pobre idea sobre la naturaleza humana para argumentar en contra de las virtudes, sino su creencia de que debemos crear un soberano absoluto, contra el que no tenemos derecho de resistencia ni aún de crítica, si queremos vivir en paz con los demás”.

Otra crítica a ambos autores es la que sostienen, Garmendia de Camusso y Schnaith⁹, quienes interpretan que lo que el contexto ideológico político no les permite percibir es que la opresión y la violencia no surgen del designio o de la ambición de los individuos a secas, que se libran a las mezquinas pasiones de una “naturaleza” humana sin cambios, sino de la lucha históricamente determinada de fuerzas sociales opuestas en torno al poder, sea entre clases, entre metrópolis y colonias o entre Estados.

El individualismo es el elemento moderno de Hobbes y constituye el aspecto en que captó con mayor claridad la época que se venía. El poder absoluto del soberano era en realidad el complemento necesario de su individualismo. De no existir un superior tangible a quién presten atención los hombres y que pueda, en caso necesario, imponer esa obediencia, sólo hay seres humanos individuales, cada uno de ellos movidos por sus intereses privados, cosa que el consideraba destructiva para la sociedad.

En tanto, para finalizar el ensayo me parece interesante volver a citar a Gruner, quien afirma, en su estudio sobre Maquiavelo –también aplicable, según mi opinión a Hobbes– que “si la política es la dialéctica entre dominadores y dominados, entonces es antes el reino del conflicto que del consenso. Eso es la política y no la mediocre declaración de principios ahistóricos y moralinas tendientes a esconder lo que se hace detrás de lo que se dice. La verdadera ética, la que no requiere de mayúsculas porque se practica en los hechos y no en la solemnidad vacía de los enunciados pomposos, es precisamente la de

⁹ Garmendia de Camusso, G. y Schnaith, N., *Thomas Hobbes y los orígenes del Estado burgués*; Siglo XXI, 1973.

Maquiavelo, y la de todos aquellos que como él no vacilan en decir las cosas tal cual ellos consideran que son”.

La Plata, marzo de 2003

Bibliografía:

- Acosta M., *Aspectos del contractualismo moderno: Thomas Hobbes*; Editorial de UNLP, 1997.
- Garmendia de Camusso, G. y Schnaith, N., *Thomas Hobbes y los orígenes del Estado burgués*; Siglo XXI, 1973.
- Gruner, E.; “La astucia del León y la fuerza del zorro”, en *La Filosofía Política Clásica*; Atilio Borón (comp.) EUDEBA, 2000.
- Hobbes, T; *Leviatán*; Editora Nacional, Madrid.
- Maquiavelo, N; *El Príncipe*; EDAF, 2000.
- Quesada, F. (comp.), *Filosofía política I: Ideas políticas y movimientos sociales*; Editorial Trotta. Enciclopedia Iberoamericana de filosofía, s/f.
- Rinesi, E. y Ostrensky, E.; entrevista a Quentin Skinner, tomado del diario Clarín
- Sabin, G; *Historia de la teoría política*; Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Wolin, S. *Política y Perspectiva*; Amorrortu, 1973.